

TINTA ROJA

Por Alberto Fuguet
(Alfaguara)

Hasta los años ochenta, las figuras de la literatura chilena eran por lejos los poetas. Difícilmente en conversación con un hombre de letras, y aun con cualquier persona, no surgiera el nombre o un verso de alguno de sus mayores poetas. Incluso figuras más jóvenes llegaban a ver agotadas las ediciones de sus libros. La narrativa, en cambio, parecía un espacio en blanco. Un solitario Donoso gozaba tal vez de mayor fama en el extranjero.

Quizá no sea casualidad que en estos últimos años el nombre de Donoso se escuchara más a menudo, sino parte de un nuevo fenómeno: la irrupción de un conjunto de narradores, con varios títulos que tuvieron muy buena recepción y venta local y han comenzado a exportarse. Alberto Fuguet (Santiago, 1964), con un libro de cuentos y tres novelas en su haber, ocupa un lugar no poco destacado en ese fenómeno.

Tinta roja, su tercera novela, semeja un grueso sandwich enmarcado por dos delgadas capas de pan. En la apertura, un hombre en la segunda mitad del camino de su vida, errante en la selva oscura de la sensación de fracaso por el naufragio de su escritura juvenil en la comodidad de un periodismo frívolo, recibe a cargo a un joven practicante de periodismo y proyecto de escritor en quien ve reflejados sus propios años mozos. Comienza allí la sustancia interior del “sandwich”: el relato retrospectivo de su práctica inicial de periodismo en las páginas rojas de un diario amarillo, y de sus primeras armas literarias paralelas. “Prensa amarilla”, esa parte central, ocupa más del noventa por ciento del libro; el marco de cierre la refiere como una suerte de novela de “no ficción”, escrita por el protagonista a partir del choque con un espejo de su juventud: ficción de una persona escribiendo “no ficción”, todo un giro.

El protagonista se llama Alfonso Fernández, y es inevitable la tentación de señalar que sus iniciales coinciden con las del autor. Sus héroes literarios son Hemingway y Bukowski (tal vez habría que decir Bukowski, y Hemingway a través de él). Un hijo de padre fugado y un jefe con un hijo mentalmente disminuido hacen buena química. Ese jefe es un reconocido decano del periodismo policial sensacionalista. Bajo su ala, Alfonso pasa dos meses de práctica rentada como corolario de sus estudios. Junto a un fotógrafo y un chofer, salen diariamente a cubrir las noticias del rubro. Los capítulos, con sus respectivos titulares, muestran la cobertura de casos o las bambalinas del oficio. Al principio, los episodios parecen simplemente sumarse sin progresión, de modo que podría haber alguno más o menos sin mayor cambio del conjunto. Pero una vez que los personajes principales y colaterales están bien delineados, la evolución del joven en su práctica y en su relación con el jefe van ingresando en una progresión precisamente construida. Los entretelones del periodismo policial sensacionalista y las particularidades de casos e involucrados (víctimas, victimarios, familiares, policías, colegas periodistas) constituyen la bien lograda nota de color. Y el juego entre los hechos y la redacción periodística, una de las mayores apuestas formales.

El lenguaje, sobre todo en el cuerpo central, es cuidadosamente coloquial y llano, plagado de esos localismos que se celebran como elaboración de la lengua hablada en un autor y se critican en un traductor.

Pablo Ingberg